

Dr. Don

Manuel Carrasco J.,
Secretario Privado de S. C.,

La Paz

LUIS SUBIETA SAGARNAGA

098

LA MITA

Trabajo histórico que el
autor dedica al distin-
guido literato nacional.

Señor José Aguirre Achá

Prefecto y Comandante General del Departamento



POTOSI, 15 DE MAYO DE 1917

Imprenta de "El Tiempo"

Calle Sucre No. 84 :::

01035

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ALFONSO
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

FB
236.3
S 94/m

LUIS SUBIETA SAGARNAGA

LA MITA

Trabajo histórico que el
autor dedica al distin-
guido literato nacional.

Señor José Aguirre Achá

Prefecto y Comandante General del Departamento

Potosí, 15 DE MAYO DE 1917

Imprenta de "El Tiempo"

Calle Sucre No. 84 :::

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN ALFONSO
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

FB
236.2
S 94/m

LUIS SUBIETA SAGARNAGA

LA MITA

Trabajo histórico que el
autor dedica al distin-
guido literato nacional.

Señor José Aguirre Achá

Prefecto y Comandante General del Departamento

POTOSI, 15 DE MAYO DE 1917

Imprenta de "El Tiempo"

Calle Sucre No. 84 : : :

Sr. Luis Subieta Sagárnaga



**PROFESOR DE HISTORIA UNIVERSAL DEL
COLEGIO NACIONAL PICHIKCHA.—POTOSI**

**PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA DE
ESTA CIUDAD**

**Miembro de varias otras sociedades
científicas.**



Entre las causas de distinta índole que obligaron a los americanos a levantarse contra el poder español, se encuentra una institución inicua que atacaba el primero de todos los derechos, el derecho a la vida. Institución odiosa que sólo en América se ha conocido durante la época colonial. Para cancelarla, para libertarse de ella, hubo necesidad de sostener larga, desigual y sangrienta lucha.

Alonso de Ibáñez en el siglo XVII fué el primero que la inició, poniéndose a la cabeza de un grupo de patriotas, que heroica y temerariamente afrontaron sus generosos pechos contra la esfinge del despotismo, al grito de libertad.



Estátua de Alonso de Ibañez
en Potosí

muy mal significado, ligeramente descrita por los señores Jorge, Juan y Antonio de Ulloa, en las «Noticias Secretas de América» y usada hasta hoy únicamente en las minas del Potosí.

Esas cuatro letras, con todo su laconismo, encierran en sí la historia del coloniaje y son el epitafio de una raza entera.

Esa institución que produjo el odio del americano contra el dominio español, encendiendo la guerra de independencia desde los primeros albores de la conquista, fué la *mita*, de la que voy a ocuparme brevemente, por haber sido la causa primordial de nuestras luchas libertarias desde el siglo XVII.

¡MITA!.....

Ved ahí una palabra extraña, de

¡MITA!...Voz horrible de la que no pueden tener idea los que no han visitado las minas de este rico y legendario cerro que se destaca majestuoso, como emblema de riqueza, en el escudo nacional de Bolivia.

Los académicos, que no pueden ignorar el verdadero significado de esta palabra española, le han dado una falsa interpretación y en todas las ediciones de su Diccionario, dicen:— *“Sorteo en los pueblos indios para sacar el número de vecinos que debe emplearse para trabajos públicos”.*

Leyendo esa definición, se supone que en las colonias españolas se verificaba un verdadero sorteo metódico y con arreglo a leyes especiales, empleando a los indios, mediante el pago justo del salario, en obras de beneficio público.



Grupo alegórico al pié del monumento
Alonso de Ibáñez

No. Los españoles de ninguna manera podrán dar su verdadero significado a esta palabra.

Los Virreyes, por voluntad propia o a petición de algún minero, fijaban a su arbitrio el número de individuos que debían ser sepultados en las entrañas del Potosí, con el título nefando de *mitayos*, y con el objeto de extraer de las entrañas de la tierra el codiciado metal, que cual torrente inagotable se desbordó sobre la monarquía española durante tres siglos.

El pobre indio, atolondrado con el peso del despotismo, sufría en silencio, sacrificando su libertad, su familia, su existencia misma, en provecho exclusivo de la raza opresora.

Caciques y corregidores quedaban encargados de ejecutar en breve tiempo las órdenes del Virrey, arrancando al indio aun de los lugares más lejanos y recónditos, dejando sumidas en la orfandad y la miseria a numerosas familias, a tiernos y desdichados seres que sin cesar pedían venganza al dios de los Incas, porque el Dios de los españoles, imponiéndose por medio del terror y sembrando el exterminio, ha sido siempre el verdugo del americano, desde Atahuallpa y Motezuma hasta Pumacahua y Betanzos.



VISTA DE FOTOSI Y DEL FAMOSO CERRO

Estas órdenes de destierro colectivo y de sacrificio individual en aras de la concupiscencia y el lucro, eran muy frecuentes, sin sujeción a ley alguna, ni lugar a reclamo.

El único decreto de amnistía que ha conocido esta raza infeliz, después de tres siglos de opresión y exterminio, ha sido el Acta de Independencia.

Naturalmente, el odio debía fermentar en el pecho del americano, hasta estallar en un momento de sub'ime cólera, para recobrar de un solo golpe todos los fueros juntos de la dignidad humana.

Así como cruel y larga fué la dominación española, larga y sangrienta fué también la guerra de independencia.

Comienza la tiranía y las luchas comienzan con ella.

El despotismo encarnado en Don Francisco de Toledo, se enseñorea en América a nombre de Dios y el Rey, y al mismo tiempo el grito de libertad lanzado por Alonso de Ibáñez se escucha desde la cima del Potosí.

Desde ese momento comienza la lucha, con treguas más o menos prolongadas, hasta que el *mitayo* se hace hombre, el esclavo se hace libre, la sumisión se vuelve cólera y el despotismo absurdo de un rey, con su derecho divino, retrocede ante el derecho humano e inviolable del pueblo.



Laguna San Sebastián.—Obra de los mitayos.—Una de las 32 lagunas que surtían de agua a la Ribera e Ingenios de Potosí.

El americano viril y laborioso despierta a la luz del día, y el fantasma del absolutismo y de la teocracia queda sumido en la obscuridad, acariciando las cadenas rotas del esclavo.

¡Continuemos!.....

¡A la luz del nuevo día sigamos desempolvando los archivos amontonados en la noche del pasado!

El infeliz *mitayo* partía a tierras lejanas, sin retribución alguna, dejando sus más caras afecciones más allá del Titicaca.

Padres, hijos, esposas y amantes infortunadas corrían a la orilla del lago a ver por última vez al ser querido, enviándole, entre lágrimas y suspiros, su último adiós, al melancólico son de la *qkena* (1) que plañidera entonaba una triste *cacharpaya* . . . (2)

¡Ecos lúgubres que aun repiten las claras ondas de aquel lago!

Los indios de la *mita*, en el largo trayecto que recorrían desde su pobre rancho, que de muchos de ellos se encontraba en la línea ecuatorial, hasta las frías y tenebrosas concavidades del Potosí, eran tratados peor que bestias de carga, recibiendo como única re-

(1) *Qkena*, flauta rústica.

(2) *Cacharpaya*, despedida.

muneración, después de una larga y fatigosa jornada, un puñado de coca y maiz tostado, y aun esto a título de anticipo, porque el valor de esos miserables artículos se les descontaba del insignificante salario que comenzaban a ganar en las minas del Potosí.

En vista de abusos tan execrables, se expidió la real cédula de 26 de Mayo de 1609 en Aranjuez, obligando a los azogueros a que abonaran los bagajes de ida y vuelta, a medio real por legua española.

En otra real cédula dirigida de Madrid al Corregidor de Potosí, en 18 de Febrero de 1697, se ordenaba que los indios mitayos solo caminaran cuatro leguas al día, abonándoseles la mitad del jornal que debían ganar en las minas. Este jornal era para el pobre mitayo, de dos reales diarios.

Como las colonias estaban tan apartadas de la metrópoli, estas órdenes se cumplían mal o no se cumplían nunca, apesar de no ser muy benéficas para la raza oprimida.

Al pié del Potosí había un local especial denominado *el corral de los mitayos*. Verdadero corral donde se daba alojamiento a aquel rebaño de hombres. De allí, el Superintendente de la Mita los distribuía por centenares entre las minas del rey, el gremio de azogueros y los propietarios de otras labores.

Aun se conserva en las afueras de la ciudad ese monumento sombrío, que nos trae a la memoria el recuerdo de aquella época funesta.

Esas ruinas, con su silencio elocuente, echan en cara al español, su crueldad y su avaricia.

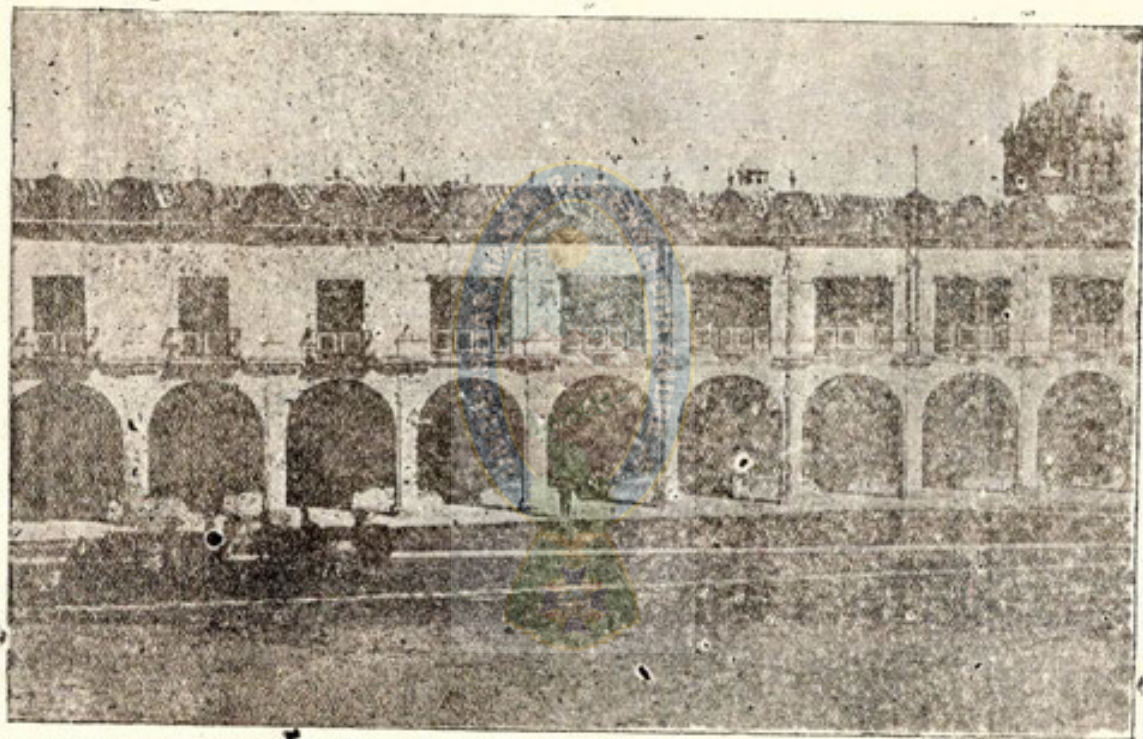
En las antiguas labores del cerro de Potosí aun se distinguen los vestigios de hospitales, capillas y cementerios, lo que prueba que el mitayo no volvía a ver la luz del día. Una vez encerrado en las graníticas concavidades de la argentífera montaña, el indio era tratado con más rigor que un esclavo comprado sobre la cubierta de un buque negrero. Un criminal rechazado por la sociedad, condenado por la ley a remar eternamente en las galeras del rey, era todavía más dichoso que el mitayo, porque vivía en medio de la luz y del aire, contemplando en un anchuroso horizonte los maravillosos espectáculos de la naturaleza, y, más aun, haciendo derramar lágrimas de compasión a seres sensibles. El pobre mitayo, desnudo y hambriento, vivía ignorado en las entrañas de la tierra, sin ver más luz que la de su *mechero*, sin más calor que el que le prestaba la actividad del trabajo, y sudoroso y anhelante, pisando barro y aspirando polvo Por fin aquel robusto y atlético cuerpo era minado

por la tisis pulmonar, y entonces el mitayo era conducido al hospital de granito, donde sólo las rocas escuchaban el estertor de su agonía; allí moría y allí mismo era sepultado a la luz artificial de toscos mecheros, sin que nadie derramara una lágrima por él.

Como el sudor y la sangre del mitayo eran la base sobre la que descansaban los tesoros de la corona de España y los grandes capitales del conquistador, era imposible pensar en la abolición de tan bárbara institución, y mas bien se trataba de su acrecentamiento y conservación; pero a pesar de todas las medidas precaucionales tomadas al efecto, disminuyó la *mita* considerablemente en las últimas horas de esa noche larga de tres centurias, denominada *el coloniaje*, porque la raza fué diezmada más de una vez por la fiebre amarilla, por los trabajos penosos y malsanos de las minas y por los constantes alzamientos de la indiada.

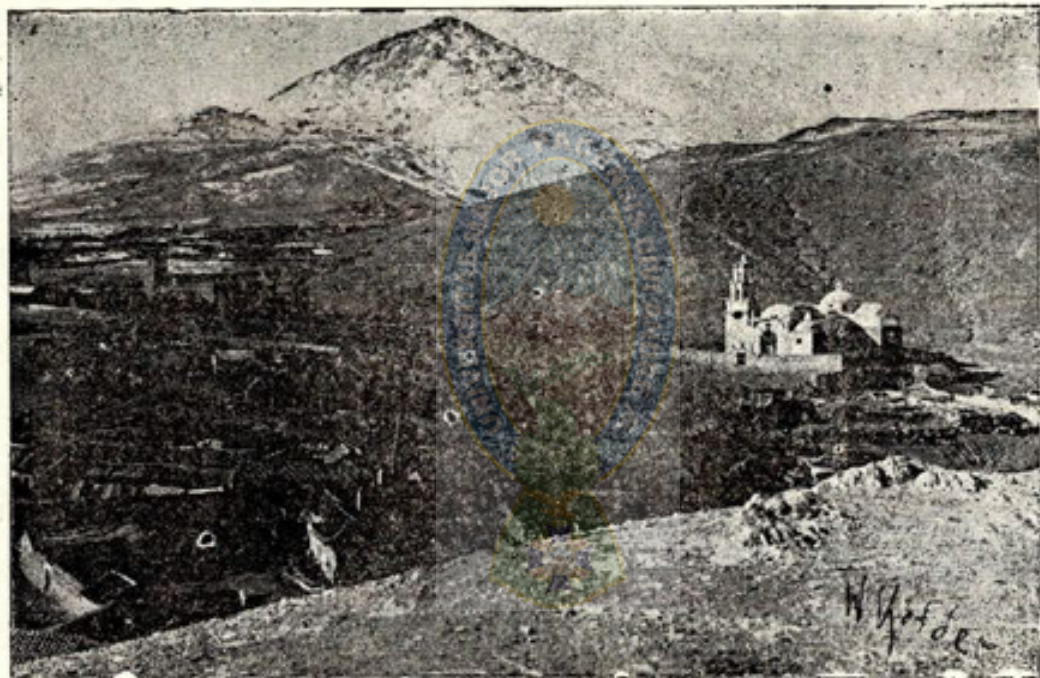
Las siguientes anotaciones tomadas nada más que del primer tercio de la *mita*, demuestran ya su decaimiento.

El primer repartimiento de indios entre el gremio de azogueros y mineros del Potosí, fué hecho por el virrey Don Francisco de Toledo en Agosto de 1578, acarreando para el efecto, desde los corregimientos de



ANTIGU CABILDC, RESIDENCIA DE LOS GOBERANDORES DE POTOSI

Quito, 14.248 indios. Número igual fué distribuido entre las minas del rey en Diciembre de 1580. A principios de 1583 Don Martín Enríquez distribuyó 13,269 indios. El Marqués de Cañete en junio de 1594 hizo otra distribución de 10 a 12,000 indios. Don Luis de Velasco en 1596 repartió en la mita de Potosí 15,000 indios y en 1597 hizo otra distribución de 4.634. El Marqués de Montesclaros repartió en 1602 el número de 4.424 mitayos. El Príncipe de Esquilache en 23 de Octubre de 1618 hizo otra distribución de 5.861 indios. El Marqués de Guadalcazar por despacho dado en Lima en 16 de Junio de 1622, comisionó a Don Diego de Portugal, presidente de la Real Audiencia de Charcas, para que distribuyera 4.265 indios, lo que en efecto se realizó en 15 de Noviembre de 1624. Por comisión del Excelentísimo señor Conde de Ghinchón, el señor don Juan de Carvajal, miembro del Consejo Supremo de Indias y Visitador General de la Real Audiencia de Charcas, repartió en 1633 a 4.129 indios. El Duque de la Palata en 1680 repartió 4.701 indios. El Conde de la Monclova hizo otra distribución de 4,101 indios en mayo de 1692, los que no alcanzaron sino para 24 ingenios quedando sin *mita* 23.



OTRO ASPECTO DEL CERRO DE POTOSI

Dejemos ya la cansada enumeración del martirologio de esa raza desdichada, que se sacrificó sumisa y resignada en la horrible *mita*.

Los españoles al enseñorearse en América como verdaderos amos, acopiaron con la misma abundancia y facilidad que el oro, hechos para la historia que los llenan de baldón e ignominia eterna.

La palabra *mita* es, pues, la historia del coloniaje.

El *corral de los mitayos* es el monumento digno de la avaricia y del despotismo.

Aun nos queda algo que decir sobre la *canción de los mitayos*.

El indio quíchua no se crea que es un salvaje antropófago, temible y refractario a la civilización, nó; es todo lo contrario. Auna a su genio vivo la docilidad de su carácter y un corazón sensible.

La poesía, de la que está impregnada la naturaleza entera, ya sea en el ecuador o en el polo, se encarna en el indio quíchua y forma parte de su propio ser, y esto contribuye a inspirarle sentimientos nobles y elevados que educan su carácter y lo hacen sociable.

El amor y el odio en él, son intensos y los demuestra al melancólico son de su incomparable *qkena* o en picantes coplas al compás de su charango. Por consiguiente, no se crea extraño que yo hable de la *canción de los mitayos*.

¿Y por qué no hubieran tenido una canción especial esos párias en su propia patria, esos desheredados en medio de la fortuna?

¿Por qué se les hubiera privado del placer de entonar un *yaraví* (3) en medio de su desgracia?

¿Y ya que se les privó de la libertad, por qué no se les arrancó el corazón?

.....

Era una mañana fría y nublada del mes de Enero de 1899, cuando acontecimientos políticos de aquella época, me obligaron a buscar asilo y trabajo en las minas del Potosí. Fué en el socavón «Forzados» donde encontré ambas cosas y además la amistad nunca mentida de mis correligionarios políticos.

Reunida la *punta* (4) que debía relevar a la que desde el día anterior se encontraba enterrada en el fondo de la mina, ganando sus dos *mitas* (5) de costumbre, penetré en

(3) Yaraví, canto eróico melancólico. (4) Punta, grupo de trabajadores en las minas. (5) Mita, jornal.

ella; en el centro del socavón principal divisé a la luz de los mecheros una gruta, en el fondo un nicho y una cruz en él. La *punta de relevo*, compuesta de cien trabajadores mas o menos, se detuvo en aquel sitio e hincando la rodilla comenzó a entonar en coro, una canción hasta entonces para mí desconocida. El tono era bajo y melancólico; las voces comprimidas en aquella subterránea y estrecha galería, parecían brotar del fondo de una tumba; las coplas, unas en español y otras en quíchua, eran tiernas como la infancia, tristes como la vida, sublimes como la naturaleza y expresaban gráficamente los gemidos de la humanidad que sufre. Aquel coro singular que no figura en el poema del Dante, era interrumpido por sollozos mal comprimidos, y a la luz de los mecheros se veía brillar más de una lágrima, que surcaba silenciosa la tosca mejilla del minero.....

Aquel cuadro patético y desgarrador era digno de ser transmitido a las generaciones, por la musa fantástica de Bécquer, por el místico pincel de Murillo y cantado en el lenguaje del alma por Schubert y Bethoven.....

Pregunté a un compañero:

—¿Qué es lo que se canta?

- La *Canción de los Mitayos*, me respondió, enjugando una lágrima con el reverso de su áspera mano.

Los mitayos ya no existen, pero sus canciones, sus gemidos de dolor aún se escuchan en el fondo de esas catacumbas, dó están sepultados los mártires del trabajo y a quienes se debe venerar más que a los héroes del almanaque.

Potosí, 15 de Mayo de 1917.

Luis Subieta S.

